

SUPLEMENTO
DE LA NUEVA ESPAÑA
● JUEVES, 5 DE MAYO DE 2022

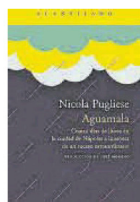
BLOC DE NOTAS

El diluvio en Nápoles

“Aguamala”, de **Nicola Pugliese**, estuvo años sin reeditarse y acabó siendo obra de culto en Italia

Luis M. Alonso

Creo como **Raffaele La Capria** que cualquier imagen de Nápoles, igual que le sucede a Río de Janeiro, es inseparable de su cornisa natural, esa especie de sirena partenopea que se extiende en el golfo a los pies del Vesubio, entre la las islas y la península azzurra: un paraíso de los pulpos. Estoy leyendo “Aguamala” y llueve sobre Nápoles. No para de llover. Lloverá durante cuatro días y 164 páginas a la espera de un suceso extraordinario, como cuenta **Nicola Pugliese** (Milán, 1944-Avella, 2012) en la inclassificable novela que acaba de publicar Acanitilado. Fui a Nápoles por primera vez esperando encontrar ese paraíso de los pulpos de cabeza testicular de La Capria y aprendí a percibir también que el mar no la bañaba, tal como escribió **Anna Maria Ortese** en aquel libro que le costó la implacable condena de los napolitanos. No, no es que Nápoles no me gustase. Al contrario, me gusta tanto que siempre me resisto a volver; pero su decadencia abre paso desde hace tiempo a ese otro horrendo lugar que tan bien resume **Saviano** de la tecnificación de los piratas. El tránsito de la Camorra romántica a la de los negocios con los chinos, unida a la huella purulenta de las drogas en las calles, ha destrozado parte del encanto. Pero Nápoles, así y todo, sigue siendo la ciudad más exótica de esta parte del mundo: “La primera ciudad de Oriente”, como la definió **Graham Greene**. Conjugaba su maravillosa orografía con la extroversión de sus gentes. De ella se podría decir que resultan incomparables la belleza indescriptible de la bahía y la deteriorada acumulación de arte. “¿Será posible que esta ciudad no te inspire algo que contar?”, le dice irritado **Cirio Capuano** a Fabio mientras se asoman a la cornisa en “Fue la mano de Dios”, la película de **Sorrentino**. **Stendhal** la vio como la ciudad más hermosa del universo. En el siglo XIX era tan grande como Londres y París e igual de espléndida para quienes tuvieron el placer de pasar temporadas en ella. **Gibbon** la describió entre el paraíso y el infierno, pensando en Pompeya. Nápoles es un infierno y también el teatro dichoso en que se convierten sus calles: el corro de los vecinos, supervivientes de un mundo antiguo



Aguamala
Nicola Pugliese

Traducción de José Moreno
Acanitilado, 168 páginas, 18 euros

que parece que lo han visto todo o casi todo. Seguí leyendo “Aguamala” y llovía con esa expectación agotadora de la agonía de un animal, viva y densa con la sangre que brota sin parar. Diluvia, es el “alluvione”, la ciudad se agrieta y se abren simas en las calles. En el relato fantasmagórico, los sucesos parecen preceder a un acontecimiento extraordinario: las voces misteriosas de Castel dell’Ovo, el enigma de los tres muñecos que emiten sonidos inexplicables dentro de una iglesia, el mar de vía Caracciolo que persigue a los erizos y las monedas de cinco liras que suenan plácida y musicalmente en el oído del lector. ¿Resulta todo tan misterioso? ¿O tal vez es que lo inesperado y el efecto kálfano le sirven al autor para mostrarnos cómo incluso las cosas indeterminadas pueden ser más decisivas y verdaderas que de costumbre? Junto a los hechos que nadie puede explicarse, hay episodios que nos traen

El gran suceso extraordinario esperado nunca llegará: la lluvia dejará de caer y permanecerán los grises como en las nubes

otras historias cotidianas. La niña que le dice a su familia que vaya al funeral y luego decide encontrarse con su novio, o el hombre que es incapaz de comprender por qué el destino de su hija, que murió aplastada por el derrumbe de un edificio, es un atadío. O el periodista alter ego de Pugliese, un tal Carlo Andreoli, reportero de noticias, que se plantea todas las preguntas posibles y encuentra zozobra hasta en el momento del afeitado. **Kafka**, **Joyce** y **Gadda** parecen surgir de la espuma del jabón que Andreoli se lleva a la cara con la brocha en el cuarto día de lluvia.

Hay escritores irrepitibles de una sola novela. En el caso de Pugliese, periodista que residió casi toda su vida en Nápoles, de una novellita breve que se publicó con gran éxito en 1977 y jamás volvió a reeditarse hasta la muerte del autor, convertida finalmente en obra de culto. Su escritura proviene de ese lado gris oscuro de Ortese, y a la vez de una hermosa vena irónica italiana alejada del realismo mágico por mucho que la hayan querido encuadrar ahí. Su registro narrativo contiene un flujo dinámico de conciencia, el uso sostenido de iteraciones y repeticiones, conjunciones abriendo la oración, adjetivos para dilatar el sustantivo y burbujas que de inmediato son pinchadas para que la expectativa no se alargue indebidamente. El gran suceso extraordinario esperado nunca llegará: la lluvia dejará de caer y permanecerán los grises como en las nubes: el silencio bajo la cúpula se desplomará sobre todos. Pero hay otro final: el de los haces flamantes de luz rojiza despuntando en el horizonte por el lado de Capri, la eterna esperanza que renace en una ciudad doliente. Un nuevo amanecer.

Cultura.

Cómo ser libre

“Amor”, de **Maayan Eitan**, es un libro movetido que obliga a una andadura atenta

Ricardo Menéndez Salmón

La ironía es un arma delicada. Corta y hiere. Y obliga a sospechar. La complacencia no se encuentra entre sus inquietudes. Tampoco las ganas de agradar. Titular “Amor” una historia narrada por una puta es una decisión irónica que esconde una proclama: “Abandonad toda esperanza de inocencia los que entréis en esta historia”. El lector hará bien en asumir esa advertencia, porque este libro movetido y sugestivo no regala un mapa para moverse por sus páginas, sino que obliga a una andadura atenta y desnuda. No sólo cada palabra y gesto cuenta, sino que cada palabra y gesto engaña, demanda recapitular lo leído, encapsula al viajero en una peripetia desconcertante, que exige poner en suspenso las certezas narrativas.

Su autora, **Maayan Eitan**, escoge una voz que cuenta, Libby, que habla por sí misma pero también por sus compañeras. Su yo es un tú que es una ella que es un nosotros. Una puta que es todas las putas y que es también la voz de lo que no se puede decir, de lo que sólo se puede mostrar: las argucias del sexo, las ofensas de la violencia, los escenarios de la humillación, el alivio de las drogas, el infierno de las autolesiones, el escarnio del abuso, la esclavitud de la carne, la ferocidad del patriarcado, la gramática del poder. Libby fatiga la noche, sube y baja de coches conducidos por chóferes estoicos, entra y sale de apartamentos donde la esperan hombres de negocios y judíos ultraortodoxos, construye formas de la sororidad junto a otras mujeres de nombre cambiante y biografía esquiva. Libby desnuda para nosotros su vida y al instante la niega. Da voz a la comunidad (“Érais rubias y en verano se os quemaban las puntas del pelo”) para cancelarla a continuación (“No: teníais la melena negra, rizada”). Es una narradora tan poco fiable como poco fiable es la palabra “amor” pronunciada en una conversación telefónica entre un proxeneta y un cliente.

He leído “Amor” como un texto ardiente y sincero, amparado tras una estructura sinuosa, que busca responder a una pregunta que tantas mujeres se siguen haciendo hoy día: dónde reside la libertad en un mundo dominado por los hombres, cimentado en sus pasiones, organizado en torno a su concepto de propiedad. Me baso para escribir esto en un instante que casi pasa inadvertido, y en el que Libby menciona a dos mujeres llamadas Molly y Anna. Quiero pensar que esas dos mujeres no pueden ser otras que Molly Jacobs y Anna Wulf, las protagonistas de “El cuaderno dorado”, esa biblia de la ficción feminista con la que **Doris Lessing** rompió para siempre, un día de 1962, las reglas del juego del canon literario. Y aunque es una pista frágil, y fundada tan sólo sobre una filia innegociable, estoy convencido de que ese es el tema de este pequeño gran libro: el relato esquivo, por momentos esquizoide, siempre abrasador, de una mujer que se pregunta cuál es el precio que debe pagar para ser libre.



Amor
Maayan Eitan

Traducción de Gerardo Lewin
Periférica, 112 páginas
13 euros